

Descomponiendo a George W. Bush: algunas observaciones¹

Laura Garcés*

RESUMEN

El siguiente ensayo busca identificar algunos factores relevantes que le permitieron a G. W. Bush ascender a la presidencia. Entre las piezas compuestas del rompecabezas tenemos: G. W. el hombre, las dinámicas políticas que lo rodean y la poderosa maquinaria que lo llevó al poder. No menos relevante es la cultura política que domina su administración y penetra a su electorado, especialmente la influencia creciente del sur y sus implicaciones. Finalmente, el contexto más amplio del inconsciente colectivo debe ser presentado. Este ángulo más profundo pone mejor en perspectiva el éxito reciente de G. W. Bush y la ideología que él representa. Una sección titulada “El miedo” enlaza a los individuos y a la maquinaria a un impulso a largo plazo y mayormente instintivo de nacionalismo a resistir la penetración e intrusión de un mundo externo hostil. Debido a que la ansiedad de ser infiltrado llama la atención de esos márgenes subrayados por Derrida, pensamos que era apropiado titular esta contribución *Descomponiendo a George W. Bush*.

Palabras clave: Política, Estados Unidos, presidencia.

Deconstructing George W. Bush: Some observations

SUMMARY

The following essay seeks to distinguish some relevant factors which permitted a G. W. Bush presidency. Among the composite pieces of the puzzle: G. W. the man, the political dynamics which surround him, and the powerful machine that helped him into office. No less relevant, is the political culture that dominates his administration and permeates his electorate, especially the rising influence of the South, and its implications. Finally, the wider context of the collective unconscious must be addressed. This deeper angle best puts into perspective the recent success of G. W. Bush and the ideology he represents. A section entitled “Fear” ties the individuals, and the machine, to a long-term, and largely instinctual impulse of nationalism to resist the penetration and encroachment of a hostile outside world. Because the anxiety of being infiltrated calls attention to those margins underscored by Derrida, we thought it appropriate to entitle this contribution *Deconstructing George W. Bush*.

Key words: Politics, United States, presidency.

FECHA DE RECEPCIÓN: 15 / 02 / 2005

FECHA DE APROBACIÓN: 25 / 02 / 2005

análisis político n° 54, Bogotá,
mayo-agosto, 2005: págs. 18-29

*Investigadora independiente

¹ Este ensayo es un intento por aislar algunos factores que creemos son relevantes para explicar la conducta de G. W. Bush, particularmente la que se relaciona con su conducción de la política exterior. Reduce la influencia de lejos exagerada de los “neocons”, y en su lugar pretende enfatizar la influencia dominante de algunas tendencias profundamente arraigadas en la diplomacia de Estados Unidos, que han sido acentuadas por la conjunción de las circunstancias momentáneas.

Aunque los detractores de George W. Bush algunas veces lo han ridiculizado y catalogado de simple, su administración ha producido una literatura voluminosa que sugiere lo contrario. ¿Quién es este hombre y hacia dónde nos está llevando? Los diagnósticos al respecto son diversos. Por ejemplo, un trabajo ambicioso de Walter Russell Mead, un miembro de rango superior del Consejo de Relaciones Exteriores de la Política Externa de Estados Unidos, resalta la continuidad. Él percibe una coincidencia de tendencias profundamente arraigadas en la diplomacia americana, específicamente una competencia dentro de la administración, entre un enfoque cuidadoso y pragmático al estilo Jefferson simbolizado por el anterior secretario de Estado Colin Powell y un empuje por la supremacía unilateral al estilo de Jackson². De acuerdo con Russell Mead, mientras que los ataques del 11/9 "... representaron un nuevo tipo de guerra y una nueva amenaza a la seguridad americana, los debates subsiguientes sobre la política exterior americana cayeron en patrones tan viejos como la república misma"³.

Otras lecturas han sugerido un descarrilamiento de la diplomacia de Estados Unidos. Bajo esta perspectiva, Estados Unidos está repitiendo un escenario que ya se vivió a finales del siglo xix, con la anexión de Filipinas después de la Guerra Hispano Americana. Esas lecturas señalan una amnesia histórica aguda, "una aparente ignorancia sobre las lecciones importantes que los americanos sacaron de su corto e infeliz experimento de crear un imperio en ultramar"⁴. En ese momento, Filipinas fue empantanada en una guerra que duró catorce años: "antes de que

terminara, cerca de 120.000 tropas americanas habían sido desplegadas y más de 4.000 habían muerto; más de 200.000 filipinos entre civiles y soldados habían muerto"⁵.

Estas miradas recuerdan la ideología civilizadora de la Era Progresiva y cómo llevó a los mejores hombres a la derrota, citando los intentos frustrados de Woodrow Wilson para "enseñar a los mexicanos cómo elegir buenos hombres". Observando otros enfoques, algunos han dibujado un paralelo interesante entre la política exterior de la administración Bush y la de los poderes europeos de comienzos del siglo xx. Mientras discute el actual control del Grand Old Party (gop) por parte de los conservadores sureños, Michael Lind evoca los ejemplos de Gran Bretaña, Francia, Alemania y Japón antes de la Primera Guerra Mundial, cuando las élites premodernas, "amenazadas con irrelevancia y extinción por el progreso industrial y la democracia, lograron retener el poder político y enlistar las nuevas técnicas de la ciencia e industria para fomentar las metas aristocráticas premodernas de saqueo y gloria marcial [...] apelando a la intransigencia étnica y la religión supernatural"⁶. De igual modo, el beca-rio de Carnegie, Anatol Lieven, traza un paralelo entre la cultura política de la administración de George W. Bush y la explotación europea del nacionalismo en 1914⁷. Otros académicos han expresado alguna preocupación sobre una posible tendencia al fanatismo religioso⁸.

Dichas analogías ciertamente agregan perspectiva, pero también dejan algunas preguntas. Está lejos de ser cierto que, como Lieven parece sugerir, Estados Unidos puede repetir los errores fatales de Europa, porque ha sido "salvado

[19]

² Russell Mead Walter, *Special Providence. American Foreign Policy and How it Changed the World*, Nueva York, Routledge, 2002, p. 308.

³ *Ídem.*, p. 338.

⁴ Judis John B., *The Folly of Empire. What George W. Bush Could Learn From Theodore Roosevelt and Woodrow Wilson*, Nueva York, Scribner, 2004, p. 3.

⁵ *Ídem.*, p. 2.

⁶ Lind Michael, *Made in Texas. George W. Bush and the Southern Takeover of American Politics*, Nueva York, Basic Books, 2004, p. 166.

⁷ Lieven Anatol, *America Right or Wrong. An Anatomy of American Nationalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, pp. 22. Notar en particular: "[...] Como con sus equivalentes en la Europa del pasado, la derecha nacionalista en Estados Unidos y las fuerzas dominantes de la administración Bush absoluta y sinceramente se identifican con su nación a tal punto que la presencia de cualquier grupo en el gobierno es vista como una usurpación, como algo profunda e inherentemente 'antiamericano'. Ellos se sienten que son tanto 'América' como el káiser y los junkers se sintieron ser ellos mismos 'Alemania' y el zar y las élites de la nobleza rusa ser 'Rusia' " (p. 24).

⁸ Samuel Huntington es quizá el proponente más reconocido de esta tesis: Huntington Samuel, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996. Pero muchos "neocons" se subscriben a esta tesis. Aun un historiador tan experimentado y astuto como Arthur M. Schlesinger suscita esta posibilidad: ver su *War and the American Presidency*, Nueva York, W. W. Norton, 2004, p. 116.

por la historia”⁹. Las naciones tienen diferentes formas de procesar la memoria colectiva, de acuerdo con sus ideologías particulares. En este aspecto, Estados Unidos ha mostrado una propensión a la repetición. Esto es evidente con respecto a la política, como se implica en los anteriores paralelos de comienzos del siglo xx. También salta a la superficie en el discurso público. Por ejemplo, la retórica sobre la propagación de la “libertad” utilizada por la administración de Bush es una réplica inexplicable del libro *Stages of Economic Growth* de Rostow, que académicos y políticos absorbieron y endosaron en los años sesenta y comienzos de los setenta, antes de que fuera patente que estas etapas simplemente no se ajustan a las realidades de las naciones en desarrollo.

El presente ensayo busca identificar algunos factores relevantes que le permitieron a Bush ascender a la presidencia. Entre las piezas que componen el rompecabezas tenemos: G. W. el hombre, las dinámicas políticas que lo rodean y la poderosa maquinaria que lo llevó al poder. No menos relevante es la cultura política que domina su administración y penetra a su electorado, especialmente la influencia creciente del sur, y sus implicaciones. Finalmente, se presenta el contexto más amplio del inconsciente colectivo. Este ángulo más profundo pone mejor en perspectiva el éxito reciente de Bush y la ideología que él representa. Una sección titulada “El miedo” enlaza a los individuos y a la maquinaria a un impulso a largo plazo, y mayormente instintivo de nacionalismo, a resistir la penetración e intrusión de un mundo externo hostil. Debido a que la ansiedad de ser infiltrado llama la atención de esos márgenes subrayados por Derrida, pensamos que era apropiado titular esta contribución *Descomponiendo a George W. Bush*.

EL HOMBRE

¿Quién es George W. Bush y qué representa? La imagen parece obvia y simple. Hasta hace

poco, muchos creyeron ese desagradable rumor de que excepto por la Biblia, el presidente no leía: ni periódicos, ni libros. Desde que él ha venido elogiando el libro *The Case for Democracy* del antiguo emigrante soviético Natan Sharansky, quien “piensa como yo”, ahora sabemos que sí lee¹⁰. Algunos observadores pintan el retrato de un tejano insular, de escasos conocimientos y conciencia sobre los países extranjeros y con poca inclinación a aventurarse fuera de Estados Unidos. Según le explicó Walter Wells, el editor del *International Herald Tribune*, a su colega de *Le Monde* en el momento de las tensiones transatlánticas sobre Irak: “Desconfiar de los franceses es casi parte del adn americano. Y mucho más cuando el adn en cuestión es el de un hombre tan cerrado al mundo y una persona tan casera como George Bush”¹¹. George W. es “un hacedor, no un pensador”¹². Lo describen como muy seguro de sí mismo y rígidamente dogmático. Como un cristiano nacido nuevamente en 1985 durante una caminata por la playa con Billy Graham, sus convicciones religiosas –la tendencia a percibir eventos como pruebas enviadas por Dios– contribuyen enormemente a su inflexibilidad. Como dijo un comentarista, “Hemos crecido acostumbrados a las aseveraciones frecuentes de la propia fe del presidente, con frecuencia como una forma de explicar lo que de otra forma puede parecer una ausencia sobrenatural de duda prudente”¹³. Su perspectiva enmarca los eventos como revelaciones, y esto es particularmente acentuado con la crisis nacional generada por el 11 de septiembre. George W. mismo enlaza la Guerra contra Irak y su “cruzada” mundial por la propagación de la democracia como un intento de implementar sus creencias religiosas, una respuesta al llamado de lo Alto. Como le dijo a Bob Woodward cuando lo presionaron sobre si él había consultado con su padre la invasión de Irak: “Usted sabe, él es el padre equivocado para apelar en términos de

⁹ Lieven Anatol, *ob. cit.*, p. 28.

¹⁰ Romano Carlin, “In a Blink, Bush Becomes Reviewer in Chief”, en *The Chronicle of Higher Education*, febrero 11, 2005, p. b14.

¹¹ Colombani Jean-Marie y Walter Wells, *France Amérique, déliaisons dangereuses*, París, Éditions Jacob-Duvernoy, 2004, p. 13. Ver también páginas 17, 20, 23. Una descripción completa aunque aterradora de la mentalidad de G. W. la da Lind Michael, *Made in Texas ...*, *ob. cit.*

¹² Daalder Ivo H. y James M. Lindsay, *America Unbound. The Bush Revolution in Foreign Policy*, Washington, D.C., Brookings Institution Press, 2003, p. 35. Ver también p. 41, Bush como un “jugador de agallas”.

¹³ Didion Joan, “Mr. Bush and the Divine”, en *The New York Review of Books*, noviembre 6, 2003, vol. 50, N° 17, <http://www.nybooks.com/articles/16749>. Ver también Schlesinger Arthur M., Jr., *War and the American Presidency*, *ob. cit.*, p. 35: “El presidente Bush irradia una certidumbre serena pero medrosa cuando se ve confrontado con problemas complicados o desacuerdos [...] Los amigos atribuyen esa serenidad a su fe religiosa”.

[20]

fortaleza. Existe un padre más elevado al que yo apelo¹⁴. Confesó que septiembre 11 le había producido un sentido de “obligación mayor... un tipo más grande y diferente de guerra... como un frente”¹⁵. La visión del mundo de George W. Bush es cercana al estado de la naturaleza de Thomas Hobbes. El papel unilateral que él endosa para Estados Unidos y que es compartido por la mayoría de sus consejeros, muestra una creencia de que las naciones-Estado siguen siendo los jugadores clave en el ruedo internacional. Mantener y ejercitar el poder es una prioridad, los foros internacionales y la diplomacia son expuestos como el arma de los débiles y tímidos; así lo sugiere el becario de Carnegie Robert Kagan en su sabio aunque excesivamente solícito libro *Of Paradise and Power: Europe and America in the New World Order*¹⁶.

Entonces, ¿es G. W. un cruzado moderno? El retrato tiene más de una sombra. La persona de G. W. Bush es más nebulosa de lo comúnmente reconocido. Parte de las dudas que rodean al hombre yacen en los informes de noticias censurados e incompletos que se entregan a la prensa¹⁷. Luego está la barricada de consejeros, los cerebros talentosos con los que G. W. se rodea para compensar su chocante pobre conocimiento de los asuntos extranjeros, como algunos han sugerido¹⁸. Muchos de ellos, desconcertados por el giro unilateral abrupto y el categórico mesianismo, están prestos a conjeturar que el presidente es un pelele de su cortejo político, o una creación de su consejero Karl Rove¹⁹. A medida que él monta la ola de la derecha conservadora a la que su padre inicialmente rehuyó, y que muy

tarde cortejó a costo de su reelección, en efecto es tentador discernir al manipulador, manipulado a su vez por los esfuerzos astutos de la maquinaria republicana.

Algunos analistas ven su decisión de derribar a Saddam Hussein y de invadir a Irak desde una perspectiva familiar: G. W. deseaba, asumen ellos, “finalizar el trabajo” que le costó la reelección a su padre²⁰. Algunas de las señales de su advenimiento a la presidencia subrayan los antecedentes familiares y sus designios. Garry Wills, entre muchos otros, anota la disposición competitiva que está arraigada dentro de la familia y que se expresa más abiertamente en los deportes²¹. Agreguemos a esta vena competitiva la decisión ambiciosa, los esfuerzos pacientes y constantes de la madre Bárbara para entretejer a la familia en la red social y establecer a los Bush en la sociedad tejana, archivando cuidadosamente las tarjetas de las personalidades con detalles sobre sus gustos particulares y fechas de cumpleaños. Para algunos críticos, como el veterano escritor político Kevin Phillips, el camino de la familia al poder ha sido menos sencillo²². La pregunta que sigue ahora es si los antecedentes políticos y la red financiera fueron suficientes para que G. W. consiguiera una opción viable para codiciar el cargo público más alto en Washington. Su éxito político fue imprevisible aun para los miembros más cercanos de su familia –“Fue una gran sorpresa”–, mientras que su joven y energético hermano Jeb había demostrado ser un trabajador duro y meticuloso en sus ambiciones políticas²³. La siguiente sección explora algunos factores a

[21]

¹⁴ Woodward Bob, *Plan of Attack*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004, p. 421.

¹⁵ *Ídem*.

¹⁶ Publicado en Nueva York por Alfred A. Knopf en 2003. Los principales aspectos de la perspectiva hegemónica son discutidos por Daalder Ivo y James M. Lindsay, *America Unbound...*, *ob. cit.*, pp. 41-45.

¹⁷ Ver el ejemplo de tortura en Hersh Seymour, *Chain of Command. The Road from 9/11 to Abu Ghraib*, Nueva York, HarperCollins, 2004, p. 11.

¹⁸ Mann James, *Rise of the Vulcans. The History of Bush's War Cabinet*, Nueva York, Viking, 2004, p. 255.

¹⁹ Moore James y Wayne Slater, *Bush's Brain. How Karl Rove Made George W. Bush Presidential*, Hoboken (nj), John Wiley & Sons, 2003. Dubose Lou y Jan Reid, *The Hammer. Tom Delay: God, Money, and the Rise of the Republican Congress*, Nueva York, Public Affairs, 2004, p. 83.

²⁰ Ver Phillips Kevin, *American Dynasty. Aristocracy, Fortune and the Politics of Deceit in the House of Bush*, Nueva York, Viking, 2004, p. 294. Colombani Jean-Marie y Walter Wells, *France Amérique...*, *ob. cit.*, p. 24.

²¹ Wills Gary, *Under God. Religion and American Politics*, Nueva York, Simon & Schuster, 1990, p. 77: “La tradición de la familia Bush se mantiene entre los hijos del presidente, quienes hablan de un misterioso Comité de Rango que pone en desventaja a todos los familiares en la destreza de varios deportes. Jeb Bush dice que sus procedimientos son tan secretos como los de Calavera y Huesos, la sociedad secreta de su padre en la Universidad de Yale”.

²² Phillips Kevin, *American Dynasty ...*, *ob. cit.*

²³ Schweizer Peter y Rochelle Schweizer, *The Bushes. Portrait of a Dynasty*, Nueva York, Anchor Books, 2005, p. 426.

largo plazo que han desempeñado un papel en la elección de G. W. Bush.

LA APARICIÓN DEL CONSERVATISMO SUREÑO

Made in Texas es el relato absorbente de un estado con agudas contradicciones. Un estado que puede producir los servidores públicos más brillantes como Edward M. House, el consejero de Wilson, Lyndon Johnson o Ross Perot²⁴. Puede también generar los peores parásitos, gente que alberga creencias más similares a las de los conquistadores que a la de la pequeña aristocracia tradicional del noroeste, capaz de despojar de la riqueza natural a la región para detentar poder. Es un universo petrificado en los privilegios arcaicos y profundamente seguro de sí mismo. Es la tierra donde la hospitalidad sureña coexiste de alguna manera con el más perverso racismo, un lugar con dinero donde el linchamiento era en particular feroz. Es un área profundamente impregnada en una religión que puede caer fácilmente en el fanatismo. En años recientes han aparecido varios estudios que se concentran en la consolidación dentro del Partido Republicano de una peculiar forma de pensamiento sureño que ha reemplazado el más moderado tono del anterior establecimiento del noroeste, e introducido algunos dogmas doctrinales radicalmente diferentes. En esta perspectiva, G. W. fue elegido porque encarna claramente estos criterios. Por supuesto que él no los introdujo: por varios años –por lo menos desde la “revolución” Gingrich de 1994 que llevó a la mayoría de los republicanos sureños al Congreso, y que dio a la Cámara de Representantes un presidente que consternaba por su histrionismo–, el pensamiento sureño ha sido dominante²⁵. Las especulaciones varían en cuanto a si esta tendencia está aquí para quedarse o si es una maniobra política artificial de corta duración.

En su atractivo relato sobre el incremento de la influencia sureña en la formación de la cultura y política de Estados Unidos, Peter Applebome nos introduce como testigos a una asamblea masiva de la Convención Bautista Sureña de los noventa, que desde su fundación en 1845 en Augusta, Georgia, ha crecido hasta tener 16 millones de miembros, surgiendo como un genuino agen-

te de la política y ejerciendo considerable apalancamiento social. Applebome describe una colorida y algo llamativa asamblea: los inmensos carros de los cincuenta con sus etiquetas en el parachoques contra el aborto y a favor de la abolición del gobierno central; y a medida que avanza, el lector casi puede escuchar el estruendo de la música country y de las canciones religiosas. El ascenso de Dixie ha transformado a Estados Unidos, ha diseñado sus ideas y valores para que encajen en el molde del nunca cambiante sur, para hacer eco de su descontento de mucho tiempo atrás por la supresión de la segregación y por la invasión y sofoco de los derechos de los estados por un gobierno central corrupto y ajeno.

¿Cómo logró el espíritu del sur propagar en el norte sus valores y asuntos sin resolver? En su relato, Applebome enfatiza el papel de la movilidad de la población. Argumenta que la salida masiva de unos 4,5 millones de negros para el norte en la primera mitad del siglo xx, una migración, escribe, “virtualmente sin paralelo en la historia americana”, cambió drásticamente el paisaje del país convirtiendo el asunto de la raza en uno de interés nacional. El éxodo de otros 4,6 millones de blancos del sur durante el mismo período también contribuyó a la diseminación del estilo de vida sureño: “Como los portadores de un gen dominante, ellos no dejaron de ser sureños. Ellos trajeron su música, sus valores, su religión evangélica, su historia como la gente de la región más violenta del país, y toda un panoplia de virtudes y pecados de cocido sureño”²⁶.

Pero no fue la exuberancia de un temor a Dios, o de gente amante de los valores familiares que le dio el sayo político. Éste apareció en forma de una estratagema tranquilamente proyectada por dos personas, ninguna de ellas protestante, junto con algunos militantes *grass-root*. Como explica Michael Lind, “El derecho religioso de hoy, lejos de ser una rebelión espontánea por parte de los ‘creyentes’, como los líderes de la Coalición Cristiana Pat Robertson y Ralph Reed esperarían, fue tramada desde arriba por Howard Phillips, un judío, Richard Viguerie, un católico, y otros activistas de la gran masa de partidarios en los setenta”²⁷. Después de que la disolución de la Mayoría Moral por Jerry Falwell revelara su

²⁴ Lind Michael, *Made in Texas ...*, *ob. cit.*

²⁵ Véase el interesante relato en Lou Dubose, Jan Reid, *The Hammer ...*, *ob. cit.*, p. 83.

²⁶ Applebome Peter, *Dixie Rising. How the South is Shaping American values, Politics, and Culture*, San Diego, Harcourt Brace & Co., 1996, p. 10.

²⁷ Lind Michael, *Up from the Conservatism. Why the Right is Wrong for America*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, pp 76-77. Lind también menciona el papel clave del director ejecutivo de la Coalición Cristiana, Ralph Reed:

decadencia a finales de los ochenta y comienzos de los noventa, fue vigorosamente revivido por Marion “Pat” Robertson, fundador de la Coalición Cristiana en 1989²⁸. Cristianos nacidos nuevamente como George W. Bush y Tom Delay, conocido como *el Verdugo de la Colina*, han sabido capitalizar este distrito electoral. Doug Wead, quien actuó en 1988 como enlace de campaña con la derecha cristiana, comentó no sin cinismo sobre la capacidad de George W. de explotar esta parte del electorado:

... a diferencia de otros, él también sabe los números, él sabe lo importante que es la fe para millones de personas en Estados Unidos. En Estados Unidos 95% cree en un Dios personal. Es un número muy alto [...] Cada subcultura tiene su propio idioma y su propia inflexión. Aun, algunas veces, es el énfasis de una sílaba en una palabra, o una palabra fuera de orden e instantáneamente uno reconoce a alguien de su propia subcultura, y la subcultura evangélica no es diferente. Cuando G. W. se reúne con los cristianos evangélicos ellos saben en cuestión de minutos que él es uno de ellos. Ahora, la mayoría de los candidatos presidenciales tienen que indagar y tienen que mirar y tratar de encontrar denominadores comunes que ellos puedan decir, “Bueno, él es uno de nosotros, sólo que él no lo sabe”; o “él es nuestro pero no entiende la cultura”. Y con G. W. ellos sabían que era verdad. Yo no sé cómo explicarlo sin definir toda la subcultura en sí, lo cual uno no lo puede hacer en respuestas de 30 segundos. Pero ellos lo sabían²⁹.

Las perspectivas políticas de la derecha cristiana están arraigadas en la tradición de Goldwater. Alentada por una profunda hostilidad al empuje dado por el gobierno central a la Ley de los Derechos Civiles, que de hecho proclamó la segregación racial como ilegal, la campaña presidencial de Barry Goldwater en 1964 preparó el terreno para la estrategia sureña del Grand Old Party –gop–³⁰. El alguna vez sólidamente demo-

crático sur cambiaría su rumbo de ahí en adelante hacia el Partido Republicano, en dos importantes etapas subsiguientes, con Nixon en 1972 y luego bajo Reagan en 1980.

En contraste con el resto de la nación usualmente descrita como orientada hacia adelante y con poca conciencia histórica, el sur mira hacia atrás, sin olvidar nunca lo que perdió con la Guerra Civil.

En vez de ser un sitio sin pasado, el sur es un lugar que a finales del siglo veinte, asombrosamente está todavía luchando la mayoría de sus más antiguas batallas –sobre los derechos de los estados, la bandera confederada, la integración, el significado de su propia historia–. En vez de no tener memoria, es un lugar donde negros y blancos compulsivamente revalidan sus historias separadas como si por siempre reconfirmaran la famosa observación de Faulkner de que el sur es un lugar donde “el pasado nunca muere, ni siquiera es pasado”. En lugar de haber sido neutralizado, es todavía el sitio más conservador de América, todavía empapado en religión, todavía cargando los estandartes de las cruzadas por los derechos de los estados del viejo sur de antes de la guerra y reforzando la ideología del nuevo sur de los ochenta, todavía esclavizada al individualismo en su sentido más extravagante³¹.

Imposibilitados para conservar su segregación de hecho después de que la Ley de los Derechos Civiles fue aprobada bajo el mandato de Johnson, el sur continúa lamentando el robo de su forma de vida. El pensamiento sureño encarna una defensa feroz de los derechos de los estados, una hostilidad visceral y obstinada contra el gobierno central, un compromiso con la libertad individual más que con la igualdad, y un patriotismo inflexible. La calidad de extranjero es generalmente percibida como un atributo a ser aborrecido, el elitismo intelectual que insinúa las universidades de la Liga Ivy es igualmente rehuido en favor del espíritu tosco de los *grass-*

“un anterior líder republicano de la universidad cuyo principal logro ha sido el que la Coalición Cristiana sea menos un grupo religioso de presión y más un movimiento para apoyar las causas económicas conservadoras convencionales como los recortes de impuestos”. *Ídem.*, p. 77.

²⁸ *Ídem.*, p. 97.

²⁹ Citado en el artículo de Joan Didian, “Mr. Bush and the Divine”, *ob. cit.*

³⁰ Micklethwait John y Adrian Wooldridge, *The Right Nation. Conservative Power in America*, Nueva York, The Penguin Press, 2004, p. 54.

³¹ Applebome Peter, *Dixie Rising*, *ob. cit.*, p. 14. Otros han corroborado esta afirmación observando el carácter beligerante de los llamados “irlandeses escoceses”, quienes colonizaron la frontera. Ver Hackett Fischer David, *Albion's Seed. Four British Folkways in America*, Nueva York, Oxford University Press, 1989, p. 605.

roots y el crudo talento que los nutre. Porque al lado del rencor alimentado por el sello indeleble de la derrota confederada, un crudo optimismo también cala esta visión del mundo, que saluda a una América donde la oportunidad consagra el esfuerzo y nutre el desprecio por aquellos que quedan atrás, aquellas “reinas de la asistencia social” alguna vez escarnecidas por Reagan, quienes siendo responsables por su suerte buscan compensación indebida del Estado. Esta última parte –desdén y condescendencia por el trabajador común– es una contribución de la filosofía corporativa, el fruto de su alianza en el frente gop y un fenómeno más reciente ya que data de los setenta y ochenta.

Los otros socios en esta alianza multicolor gop son los libertarios, quienes convergen alrededor del Instituto Cato, un influyente centro de pensamiento fundado en la década del setenta. Son enemigos declarados del Estado y desean que su papel se reduzca al mínimo. En Washington tienen un rol activo presionando su agenda de desregulación económica pero ocultan otros asuntos muy controversiales para el electorado *grass-root*, como su apoyo a los homosexuales y al aborto, y su postura favorable a la legalización de la marihuana.

LA MAQUINARIA

¿Qué tan genuina es esta coalición de socios improbables? ¿Qué tan cercanos son los valores del grupo de gente del común creyente con aquellos de las grandes corporaciones? ¿Cómo reconcilia uno dos lados del electorado con puntos de vista tan fuertemente opuestos? Un grupo apoya los valores de las corporaciones ricas. El otro apoya los “valores familiares”, insta al gobierno a tomar una postura activa en la oposición al aborto, a las uniones entre homosexuales y en el cambio de la enseñanza de la evolución por la doctrina de la creación. Y finalmente, el electorado libertario resiste la intrusión del Estado en las vidas privadas de los ciudadanos. ¿Qué tan real es esta alianza gop y qué tan sencilla es la tan elogiada sureñización?

Por lo menos desde los años sesenta los conservadores han venido trabajando duro para imitar la estrategia exitosa de los demócratas, que los consagró a ellos por un largo tiempo como los ganadores claros del juego del poder. Como los demócratas antes de ellos, establecieron poderosos centros de pensamiento, acumulando miles, millones de dólares gracias a una sabia escogencia por correo de potenciales partidarios en la lucha contra el “liberalismo”. Irving Kristol, un antiguo leninista, fue un pionero en este esfuerzo. Como él, muchos de aquellos equivocadamente llamados “neoconservadores” son misioneros de esta aventura³². Durante las protestas masivas de los sesenta y setenta para defender los derechos civiles y expresar oposición a la Guerra de Vietnam, muchos radicales encontraron una razón de ser al luchar contra la erosión que desde su perspectiva estaba carcomiendo el corazón de América. Como Michael Lind observa tan astutamente, su marca de conservatismo es un “marxismo invertido”, un “contra-comunismo que replica hasta el más mínimo detalle preciso de organización y teoría, el comunismo al que se opone”³³. Muy ilustrativos en este respecto son algunos pensamientos de Gover Norquist, figura central del establecimiento gop de Washington, quien mantiene un portarretrato de Lenin en su sala y se entrega a los escritos del socialista italiano del siglo xix, Gramsci³⁴. La combinación de este espíritu misionario y de la hegemonía a sangre fría representado entre otros por Dick Cheney y Don Rumsfeld puede ser peligrosa³⁵.

EL MIEDO

La reelección de George W. Bush en el 2004 (o su primera victoria, como otros dirían) dejó perplejos a los observadores, especialmente a los extranjeros, una categoría que hoy incluye a la mayoría de los americanos en las grandes ciudades de las costas noroeste y oeste. Sin embargo, esto indica que hay más de lo que salta a la vista. La retórica de G. W. Bush resuena fuerte en el corazón de Estados Unidos. Golpea una cuerda mítica y mística que corre en la concien-

³² Un mejor término podría ser “neofundamentalistas”, como lo propuso Todorov Tzvetan, *Le nouveau désordre mondial. Réflexions d'un Européen*, París, Robert Laffont, 2003, p. 27, o “transformacionalistas”, según Rothkopf David J., “Inside the Committee that Runs the World”, en *Foreign Policy*, marzo-abril 2005, p. 31.

³³ Lind Michael, *Up From Conservatism ...*, *ob. cit.*, pp. 96, 94.

³⁴ Brock David, *Blinded by the Right. The Conscience of an Ex-Conservative*, Nueva York, Random House, 2002, pp. 71-72.

³⁵ Un libro próximo a salir explora la dinámica actual del equipo de seguridad nacional del presidente y revela algunas grietas que están desgarrando el establecimiento del gop. Ver un avance del libro en Rothkopf David J., “Inside the Committee that Runs the World”, *ob. cit.*, pp. 30-40.

cia colectiva americana. Aquellos que están desconcertados observan con bastante acierto que mucho de su apoyo en los “estados rojos” viene de gente que tiene mucho que perder con sus recortes financieros y que debería retomar. ¿*What's the Matter with Kansas?* Este libro es el poderoso aunque desconcertante relato de cómo las percepciones pueden distorsionar asuntos hasta el punto de pasar por encima de intereses pragmáticos. La gente humilde que describe no está tan abatida por el bajonazo económico que enfrenta. En lugar de votar por asuntos concretos, que les interesan a ellos, es una ira estafalaria la que dicta su voto. Ellos están enfurecidos por lo que perciben como la intrusión de un mundo “extraño” y desprecian la propagación de costumbres como “tomar hasta tarde, manejar un Volvo y leer el *New York Times*” de una élite decadente de las costas este y oeste³⁶. Ellos resienten la propagación tortuosa de un modo de vida antiamericano.

Esta lectura, entonces, apunta hacia una patología colectiva. Resalta el surgimiento o resurgimiento de una visión particular de un mundo hostil empeñado en infiltrar a Estados Unidos. Su episodio más conocido es, tal vez, la era de McCarthy. Pero temores análogos han ascendido en este país periódicamente, en conexión directa con cambios en el medio ambiente³⁷.

El miedo es un espectro familiar para los teóricos de la identidad americana. Locke pensó que era un impulso esencial para la construcción de la democracia, y un observador tan astuto como Tocqueville anotó que en contraste con el

sistema medieval o aristocrático, que provee una estructura clara para los individuos, la democracia carga dentro de ella misma la amenaza del colapso. Él se preocupaba por la “ansiedad interna” congénita a este sistema, por lo que discutía a favor de maximizar sus atributos positivos. Uno debería, decía él, cultivar un “miedo sano de nosotros mismos” porque esta emoción podría “guiarnos a protegernos contra la influencia externa y por lo tanto permitirnos ejercitar nuestra libertad”³⁸. Un miedo dirigido o proyectado hacia afuera podría presumiblemente si no liberar, por lo menos aliviar esta propensión del individuo a la entropía en una democracia. Años más tarde, en el contexto de la Guerra Fría, Arthur Schlesinger Jr. reiteró la percepción de Tocqueville. Como él lo expresó en 1949 en el libro *The Vital Center: The Politics of Freedom*, la amenaza suprema para Estados Unidos no era la contienda externa con la Unión Soviética. Crucial en su perspectiva fue la lucha contra la posible encarnación y proyección interior del enemigo interno, el impulso doméstico de sacar la ansiedad sometiéndose a fuerzas autocráticas y convirtiéndose en traidores de la libertad. Para Schlesinger era importante librar el conflicto de la Guerra Fría no por las ambiciones expansionistas de la Unión Soviética *en sí*, sino por la interioridad de la amenaza potencialmente corrosiva contra la democracia de Estados Unidos. Más que derrotar a Moscú era importante superar la confusión que la Unión Soviética producía en los corazones de los estadounidenses. El conflicto detentaba

[25]

³⁶ Frank Thomas, *What's the Matter with Kansas? How Conservatives Won the Heart of America*, Nueva York, Metropolitan Books, 2004: “El estado rojo/el estado azul dividido... ha ayudado a los conservadores a realizar una de sus más queridas maniobras retóricas, que llamaremos *latte calumnia*: la sugerencia de que los liberales son identificables por sus gustos y preferencias de consumo y que estos gustos y preferencias revelan la arrogancia esencial y calidad de extranjero del liberalismo. Mientras que una discusión más sencilla sobre la política puede comenzar considerando los intereses que cada partido sirve, la *latte calumnia* insiste en que dichos intereses son irrelevantes. En vez de ello, lo importante es el lugar donde la gente vive y las cosas que toma. Come y maneja, estos son los factores críticos, las pistas que nos llevan a la verdad. En particular, las cosas que los *liberales* dicen que beben, comen y manejan: los Volvos, el queso importado, y sobre todo, los lattes”: pp. 16-17.

³⁷ Se debería escribir sobre este resurgimiento, el miedo a la infiltración o contaminación a través de algo foráneo como constante en la historia de Estados Unidos. Es generalmente producido por una crisis diplomática o por la guerra. Ejemplos pasados de esto son la histeria alrededor del llamado “Americano” durante la Primera Guerra Mundial, aquellos, especialmente los alemanes, sospechosos de confabular con su país materno en contra de Estados Unidos y la más conocida la era de McCarthy. Estos episodios de fuerte vulnerabilidad son generalmente acompañados por medidas severas que restringen la libertad de expresión. Sobre esto ver Stone Geoffrey R., *Perilous Times. Free Speech in Wartime. From the Sedition Act of 1798 to the War on Terrorism*, New York, W. W. Norton and Company, 2004.

³⁸ Una discusión sobre el concepto del miedo y cómo se relaciona con la democracia y cómo se percibe en teoría política puede leerse en Robin Corey, “Why do Opposites Attract? Fear and Freedom in the Modern Political Imagination”, en Lusignan Schulz Nancy, *Fear Itself. Enemies Real and Imagined in American Culture*, West Lafayette (in), Purdue University Press, 1999, pp. 3-22.

en balance algo más que el balance internacional de poderes: la defensa *interna* de la libertad americana³⁹.

Arthur Schlesinger estaba sin duda influenciado por el espejismo de las amenazas de la infiltración comunista en 1949, igual que Tocqueville antes de él por la agitación revolucionaria de su época. Sin embargo, Schlesinger había detectado la particular vulnerabilidad que los eventos extranjeros producían en la conciencia colectiva de Estados Unidos.

Existen razones adicionales, aparte de la naturaleza del sistema democrático, que dan razón de una peculiar ansiedad de nacionalismo en Estados Unidos. En contraste con otros países, la identidad de Estados Unidos no es particular: no se hereda en la misma forma que si se nace francés o alemán⁴⁰. Involucra lo que es percibido y articulado como valores mundiales que esencialmente significan libertad, ser libre. Lieven anota que “lo que es insólito sobre América es la unanimidad diáfana de creencias en estos principios que sirven como guías nacionales”⁴¹.

Sin embargo, contribuciones recientes han subrayado que estos vagos conceptos de libertad y ser libre que apuntalan el discurso nacionalista de Estados Unidos presentan una evasión que encubre muchos significados diversos y de hecho divergentes de acuerdo con su origen, y que estas discrepancias han representado siempre una fuente de conflicto⁴². No obstante el alcance universal de la retórica nacionalista alentada por la fuerza de la religión, persisten en el fondo lecturas alternativas y competentes de lo que este proyecto nacionalista realmente significa (como se demostró en forma más dramática por las posturas opuestas durante la Guerra Civil). Parece claro, sencillo e inspirado en los valores universales. Esta retórica universal choca con otros proyectos particulares, los cuales

son presentados ante la mayoría de los americanos con un acertijo fundamental: ¿por qué el mundo exterior pelea contra la defensa de los valores universales? ¿Por qué no se reconcilia con la norma de la democracia americana que encarna el progreso? Muchos recelos populares y resentimientos ocasionales contra los países extranjeros tienen su origen en esta falta de comprensión. En efecto, subsiste una tendencia subyacente a considerar las opiniones divergentes en la escena mundial como expresiones de un mundo hostil opuesto al progreso de la democracia.

Por lo tanto, el carácter ambiguo del discurso nacional explica la disposición curiosa de los americanos a estar “temerosos de la unidad del mundo y extrañamente inconscientes del hecho de que ellos encarnan esa unidad en su propia diversidad”⁴³. El hecho de que la identidad americana no esté orientada hacia el pasado sino hacia el futuro y que ser americano es algo que nunca se adquiere realmente y debe ser logrado continuamente acentúa estos reparos debido a que ellos están siempre presentes en la búsqueda de los fines nacionales, ya sean éstos internos o internacionales.

La psique americana de hoy está absorbida por un sentido agudo de crisis debido al sentido creciente de desintegración nacional. Consideren las repercusiones de una crisis colectiva de identidad que acompañó al final del siglo. Como fue con dolor evidente durante las ceremonias conmemorativas del descubrimiento de América en 1992, el prolongado mito constante del crisol armonioso se estaba desmoronando. En ese momento, la procesión contrita de los indios nativos por la alameda de Washington mostró un grupo más perseguido por el establecimiento. También reveló un paradigma cambiante mayor: el final de la versión idealiza-

[26]

³⁹ *Ídem.*, pp. 14-16.

⁴⁰ Huntington Samuel, citado por Anatol Lieven, *America Right or Wrong ...*, *ob. cit.*, p. 50.

⁴¹ *Ídem.*

⁴² Hackett Fischer David, *Liberty and Freedom. A Visual History of America's Founding Ideas*, Nueva York, Oxford University Press, 2005. Es un relato enciclopédico de las diversas nociones encontradas sobre libertad y ser libre. Este libro complementa uno anterior donde Hackett Fischer rastrea las cuatro distintivas tradiciones, que moldearon el pensamiento colectivo americano: Hackett Fischer David, *Albion's Seed... ob. cit.*

⁴³ Barber Benjamin, *Fear's Empire. War, terrorism, and Democracy*, Nueva York, W. W. Norton, 2004, p. 36. Por su parte, Lieven cita los comentarios similares de Max Lerner que datan de la década del cincuenta: “Una de las características de los americanos es retroceder ante lo desconocido [...] Esto parece aún más curioso cuando se recuerda que América es en sí misma una ‘nación de naciones’ y contiene una multitud de tradiciones culturales diversas. Sin embargo este hecho sólo sirve para aumentar el desconcierto de los americanos en el exterior: quienes han visto a gente de extracción foránea en su propio país abandonando sus costumbres y volviéndose ‘americanizada’, no pueden entender por qué la gente en los países extranjeros no puede hacer lo mismo”. *America Right or Wrong ...*, *ob. cit.*, p. 46.

da de un pueblo excepcional y la consolidación de una comprensión multicultural de América. Durante los noventa la disputa sobre la enseñanza de la historia de Estados Unidos compendió esta división entre los que por un lado estaban a favor de la transmisión de la narración tradicional, los que deseaban “hechos”, y por otro lado, aquellos que abogaban por una descripción más cercana a la realidad social fragmentada⁴⁴. La moda de la corrección política mostró una perspectiva dividida entre estas dos posturas: una conciencia implícita de las diferencias combinada con un esfuerzo para silenciarla.

Lo que todos estos debates finalmente dieron a entender fue un cambio significativo en el lugar que el miedo ocupa dentro de la psique americana. En efecto, Corey Robins presenta en un artículo reciente que en las últimas dos décadas el miedo se ha convertido en ansiedad. Mientras que la cultura del liberalismo en los sesenta y setenta se centró alrededor de las cuestiones de igualdad e integración racial, y consignó “la distribución del poder y los recursos o la contienda agresiva por la igualdad y la expropiación”, la característica emergente de los debates opuestos involucra ahora a “aquellos que presionaban preguntas sobre membresía y exclusión, sobre quién pertenece y quién no, y la ansiedad implacable sobre las fronteras (del ser mismo y de la sociedad, grupo y nación)”⁴⁵.

Entonces, el miedo, un vástago integral de la identidad nacional de Estados Unidos según lo define la retórica tradicional, está compuesto hoy por el sentimiento de disolución que penetra las perspectivas políticas y sociales. Este sentimiento se origina en una obsesión por la naturaleza porosa de las fronteras nacionales.

Hubo un período en los noventa cuando las historias sobre helicópteros negros, que intentaban anexarse a Estados Unidos, parecían la in-

vencción de una franja paranoica de una minoría del ala derecha. Uno leía sobre esto con incredulidad en el boletín del Centro de Derecho de la Pobreza Sureña, bajo la administración de Clinton durante los años de Janet Reno como procuradora general. Los helicópteros negros estaban presuntamente comandados por las Naciones Unidas y uno se desconcertaba por la insularidad profunda y la hostilidad que crecía en algunos sitios del centro del país.

Un establecimiento político inocente, evitando a las Naciones Unidas y a la mayoría de la jurisdicción internacional, ha eclipsado desde entonces la analogía surrealista de los helicópteros negros. La administración de G. W. enristra confiadamente sentimientos equivalentes en términos más sabios y sofisticados. En efecto, el miedo se ha movido de los márgenes a la corriente principal del electorado.

La obsesión con las fronteras también caracteriza la diplomacia de George W. Bush.

EL ESPACIO

En la narrativa americana, el espacio ha proporcionado tradicionalmente una defensa contra la entropía. Esto alimentó el mayor mito de la Frontera, de acuerdo con el cual la existencia de una “tierra baldía” al oeste garantizaba la subsistencia de una novedosa y presuntamente ejemplar forma de vida. Y la abundancia de tierra, en efecto, protegió lo que el difunto historiador Robert Wiebe caracterizó como una “sociedad fragmentada”, una sociedad capaz de sostener el mito de la armonía en tanto la inmensidad permitiera la coexistencia de diferentes grupos sin la amenaza proveniente del exterior⁴⁶. Periódicamente, repentinas olas de inmigración disparaban el miedo al antiamericano, y tradicionalmente contribuyeron a alimentar las agendas de los partidos que se oponían a la entrada de los extranjeros⁴⁷. Hoy, aprensiones similares co-

[27]

⁴⁴ Ver el libro de Foner Eric, *Who Owns History? Rethinking the Past in a Changing World*, Nueva York, Hill y Wang, 2002, xv-xvii. Véase también Appleby Joyce, *A Restless Past. History and the American Public*, Lanham (md), Rowman & Littlefield, 2005, p. 6.

⁴⁵ Robins Corey, *Fear. The History of a Political Idea*, Nueva York, Oxford University Press, 2004, p. 139. Ver también p. 140, donde describe este cambio de paradigma de escisiones de “vertical” a “horizontal”: el miedo en los sesenta “se originó de y reforzó las escisiones verticales de la sociedad”. El miedo fue una “herramienta de los poderosos contra los impotentes [...] Pero los teóricos contemporáneos de la identidad conciben la sociedad como horizontal por lo que la ansiedad es su emoción preferida. Ellos dicen que estamos divididos en grupos que no están ni en el fondo ni en la cima, sino en el centro y en las márgenes”.

⁴⁶ Wiebe Robert H., *The Segmented Society: An Introduction to the Meaning of America*, Nueva York, Oxford University Press, 1975.

⁴⁷ Uno de los mejores trabajos sobre este tema es el de Bennett David H., *The Party of Fear. The American Far Right from Nativism to the Militia Movement*, Nueva York, Vintage Books, 1988 (revisado y actualizado 1995).

lolean las perspectivas de aquellos académicos que resienten lo que ellos perciben como la disolución de la nación americana debido a la pronto arrolladora población latina⁴⁸. En el clima político y social generado por los eventos del 11 de septiembre, las aprensiones que giran alrededor del antiamericano son nuevamente supremas. ¿Cómo más puede uno explicar el abuso insondable de los derechos de los extranjeros detenidos, algunos de los cuales no han sido aún acusados de ninguna fechoría específica? El 11/9 trajo de nuevo a la superficie preocupaciones tan viejas como el tiempo sobre la hostilidad extranjera. Según lo expresado por el comentarista Norman Podhoretz, un “Nuevo enemigo... nos ha atacado en nuestro propio suelo, una hazaña que ni la Alemania nazi ni la Unión Soviética nunca pudieron lograr”⁴⁹.

El cierre de las fronteras fue una de las preocupaciones tempranas de los Padres Fundadores. La separación del mundo exterior fue una realidad física en los primeros tiempos. Y esta separación fue subsiguientemente reforzada por los pronunciamientos doctrinales. Para proteger su sistema de libertad, los arquitectos de la política exterior de Estados Unidos temprano invocaron una división sobre los asuntos mundiales. En 1823 la Doctrina Monroe, que trazó una clara separación entre los asuntos norteamericanos y los europeos, suplementaron la despedida temprana de Washington a Europa. El sentimiento de que el mundo exterior es hostil y el intento de cerrar América a todo esto persisten hasta el día de hoy. El desasosiego de América con la globalización ha sido muy bien expresado por Benjamin Barber:

El mundo más allá de América siempre estuvo a más de un mundo de distancia. Hoy con el mundo aglomerándose a la puerta de América, los americanos se reúnen nerviosamente en la sala, esperando poder garantizar su seguridad cerrando las puertas y sacando sus intimidantes armas modernas fuera de sus muy seguros porta armas... Ellos buscan coaccionar a las partes hostiles del planeta a la sumisión con una militancia de recia voluntad”⁵⁰.

Según lo implícito en esta última observación, la intervención unilateral tradicionalmente ha ido de la mano con los intentos de aislar a Estados Unidos del resto del mundo. De hecho, estas son las dos caras de la moneda, como lo explica *The Dominion of War*, una importante contribución reciente en el asunto de la diplomacia de Estados Unidos: “Aquellos impulsados por la furia del orden no necesitan actualmente *intentar* expandirse territorialmente o adquirir mayores recursos o transformar las vidas de los pueblos que conquisten como meta principal; el imperalismo puede fácilmente originarse por motivos aislacionistas...”⁵¹. Para Estados Unidos, asiente el historiador de la Universidad de Yale, John Lewis Gaddis, “la seguridad comienza por aumentar más que contraer su esfera de responsabilidades”⁵².

Por lo tanto, la anticipación no es una aberración novedosa introducida por la administración de G. W. Bush. Dicha estrategia se convirtió muy temprano en una herramienta para combatir las amenazas extranjeras, ya fuesen éstas auténticas o presuntas. Desde el comienzo de la república, Estados Unidos luchó contra sus adversarios, algunos de ellos eran reales pero muchos otros imaginarios. En su primer trabajo sobre la búsqueda

⁴⁸ Huntington Samuel P., *Who Are We? The Challenges to American National Identity*, Nueva York, Simon & Schuster, 2004.

⁴⁹ Podhoretz Norman, “World War iv: How It Started, What It Means, and Why We Have to Win”, en *Commentary*, septiembre de 2004, <http://www.commentarymagazine.com/podhoretz.htm>

⁵⁰ Barber, *ob. cit.*, p. 36.

⁵¹ Anderson Fred y Andrew Cayton, *The Dominion of War. Empire and Liberty in North America, 1500-2000*, Nueva York, Viking, 2005, p. 422, énfasis de ellos. Anderson y Cayton sitúan los orígenes de la ideología de la guerra justa como un legado de la guerra de 1812: “[...] el legado más significativo de la guerra resultó siendo una ideología distintivamente americana de la guerra justa. A diferencia de los miembros de la generación revolucionaria, que justificaron la toma de armas para defender la frágil libertad contra el aparente poder soberano ilimitado de Gran Bretaña, los proponentes de la guerra argumentaron que la guerra ofensiva –en contra de los británicos en Canadá, los “creeks” en Alabama y los españoles en la Florida– fue justificada porque la conquista liberaría a los oprimidos y extendería la esfera de la libertad. Fue una justificación que los americanos aplicaron nuevamente en su siguiente guerra imperial, y efectivamente en cada guerra subsiguiente de la historia de la república” (p. xviii).

⁵² Lewis Gaddis John, *Surprise, Security, and the American Experience*, Cambridge, Harvard University Press, 2004, p. 13.

queda de la seguridad absoluta, los historiadores Chace y Carr observan: “[...] podemos ver un patrón de comportamiento en los esfuerzos de América para asegurar a la nación frente a las amenazas tanto territoriales como ideológicas. Este patrón ha consistido en respuestas rápidas y enérgicas no sólo frente a peligros *reales* sino también frente a amenazas *percibidas* [...] sobre todo, que en la gran mayoría de los casos los líderes americanos *creyeron* que las amenazas eran reales”⁵³.

La administración de George W. Bush ha estado obsesionada con el cierre de las fronteras y con combatir a los posibles intrusos, tanto en el ámbito interno como en la escena mundial. Ha diseñado su propia marca de diplomacia profundamente arraigada en la tradición de la diplomacia de Estados Unidos: aislamiento, unilateralismo y multilateralismo “a la carta”. Al hacerlo

está respondiendo también a esta “preocupación por la frontera”, “cuya principal consecuencia” ha sido una “nueva agenda política”⁵⁴.

Hoy en día es difícil descifrar el alcance de la intervención de G. W. Bush en Irak, si obedeció a la agenda predeterminada de los “neocons” quienes por largo tiempo habían estado presionando por dicho resultado. Tampoco es fácil establecer qué tanto se le puede atribuir al miedo. Sin embargo, como lo ha tratado de demostrar este artículo, uno no puede desechar el papel tan grande jugado por la psique colectiva en la aceptación y apoyo a lo que es nuevo pero que, sin embargo, repite la experiencia americana, el impulso a establecer fronteras. Éste puede muy bien continuar. Porque como dijo una vez Octavio Paz, “el final de la Doctrina Monroe significa un regreso al comienzo”⁵⁵.

[29]

⁵³ Chace James y Caleb Carr, *America Invulnerable. The Quest for Absolute Security from 1812 to Star Wars*, Nueva York, Simon & Schuster, 1988, p. 15 (énfasis de ellos). Allí se menciona la conquista de California de James Polk en 1846 como el ejemplo principal de una amenaza extranjera percibida.

⁵⁴ Maier Charles S., “An American Empire? The Problems of Frontier and Peace in Twenty-First Century Politics”, en Lloyd C. Gardner y Marilyn B. Young (eds.), *The New American Empire. A 21st Century Teach-in on us Foreign Policy*, Nueva York, W. W. Norton, 2005, p. xiv.

⁵⁵ Paz Octavio, “Latin America and Democracy”, en Paz Octavio, Jorge Edwards, Carlos Franqui *et al.*, (eds), *Democracy and Dictatorship in Latin America*, Nueva York, Foundation for the Independent Study of Social Ideas, 1981.